

La inteligencia artificial como tecnología disruptiva y sus sentidos sociales

Artificial intelligence as a disruptive technology and its social meanings

Gastón Becerra

UFLO Universidad – Universidad de Buenos Aires

gaston.becerra@gmail.com

Esteban Magnani

Universidad de Buenos Aires – Universidad Nacional de Rafaela

esteban@estebanmagnani.com.ar

Resumen

En los últimos años, ha habido un fuerte impulso en el desarrollo de tecnologías consideradas “disruptivas”. Actualmente, estamos siendo testigos del crecimiento de la inteligencia artificial generativa, una tecnología que no solo es capaz de organizar y procesar datos, sino también de generar información mediante el uso de modelos estadísticos avanzados que pueden, por ejemplo, mapear el lenguaje para la creación de textos, o identificar patrones visuales para la generación de imágenes. Cómo damos sentido a estas tecnologías en la comunicación y en la opinión pública influye en su adopción y regulación. Por lo tanto, diversos campos de las ciencias sociales han explorado y debatido los diferentes sentidos y percepciones que rodean a la inteligencia artificial. Para contribuir a este esfuerzo, aquí discutimos cinco discursos específicos sobre la inteligencia artificial: (1) como utopía/distopía, que refiere a la preocupación sobre el futuro de la humanidad y el control de la civilización; (2) como robots antropomórficos, en los que se proyectan miedos y angustias sobre nosotros mismos; (3) como inteligencia, preguntando por la conveniencia de designar así a contrapartes no-humanas con las que nos relacionamos; (4) como revolución del conocimiento, discutiendo una supuesta transformación paradigmáticas de las ciencias; y (5) como el fin del trabajo, que aborda la preocupación sobre la automatización y la pérdida de empleos en gran escala.

Palabras clave: Inteligencia artificial; discursos sociales; estudios críticos de datos

Abstract

In recent years, there has been a strong push in the development of technologies considered “disruptive”. Currently, we are witnessing the growth of generative artificial intelligence, a technology that is not only capable of organizing and processing data, but also generating information through the use of advanced statistical models that can, for example, map language for creation of texts, or identify visual patterns for the generation of images. How we make sense of these technologies in communication and in public opinion influences their adoption and regulation. Therefore, various fields of social sciences have explored and debated the different meanings and perceptions surrounding artificial intelligence. To contribute to this effort, here we discuss five specific discourses on artificial intelligence: (1) as utopia/dystopia, which refers to concerns about the future of humanity and the control of civilization; (2) as anthropomorphic robots, in those who project fears and anxieties onto ourselves; (3) as intelligence, asking about the convenience of thus designating non-human counterparts with whom we relate; (4) as a revolution of knowledge, discussing a supposed paradigmatic transformation of the sciences; and (5) as the end of work, which addresses concerns about automation and large-scale job losses.

Keywords: Artificial intelligence; social discourses; critical data studies

Sección: Ensayos

Recibido: 29/09/2023

Aceptado: 15/03/2024

Introducción

En los últimos años se ha promocionado el desarrollo de diversas tecnologías que se presentan como “disruptivas”. Por caso, de acuerdo con el título del best seller de Mayer-Schönberger y Cukier (2013), el big data traería una revolución en la manera en la que vivimos, pensamos y trabajamos; las criptomonedas volverían obsoleto al dinero y a sus intermediarios en el sistema bancario tradicional; los tokens no fungibles (NFT) ofrecerían un nuevo medio para la colección de objetos únicos y obras de arte; el Metaverso permitiría una experiencia inmersiva en internet de una manera hasta ahora nunca lograda.

Muchos de estos desarrollos resultaron ser burbujas que estallaron luego de un período corto de especulación. El tono disruptivo de algunos de estos casos se debió, en parte, a la necesidad de convencer a inversores y patrocinadores de la viabilidad de los proyectos y start-ups para obtener financiamiento. La lógica del capitalismo impulsa a invertir fuertemente, generar expectativa y anunciar la próxima disrupción. Sin duda, también ha habido desarrollos con un impacto real y duradero, que sobrevivieron a esta explosión de burbujas. Algoritmos de búsqueda, como el PageRank de Google, o redes sociales como Facebook, estructuraron la web y generaron un medio para el negocio de la publicidad online, uno de los principales dinamizadores del capitalismo de plataformas (Srnicsek, 2018).

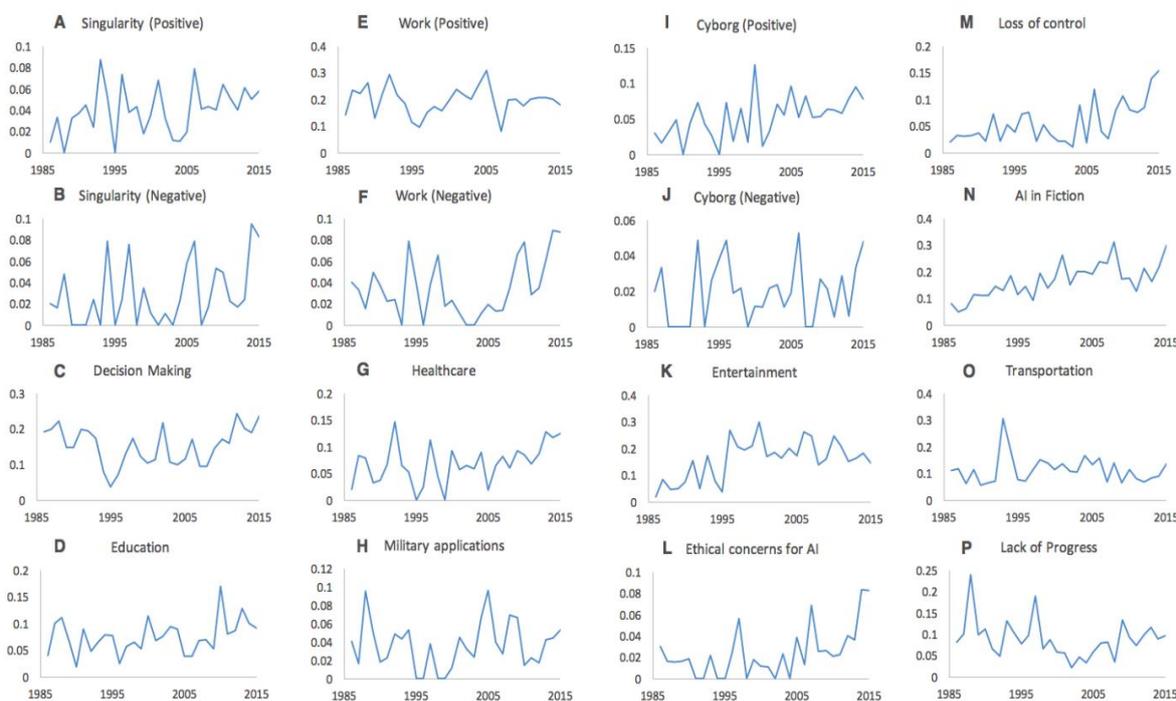
En la actualidad estamos presenciando el auge de la inteligencia artificial generativa, una tecnología que se caracteriza no solo por su capacidad de ordenar y procesar datos, sino también por la de producir información nueva. Para ello, se utilizan grandes modelos estadísticos que, por ejemplo, mapean el lenguaje para procesar y escribir textos, o abstraen patrones visuales que se combinan creando imágenes. En este contexto se vuelve a hablar de tecnologías disruptivas que, se nos dice, transformarán nuestro mundo.

Percepción social de la inteligencia artificial

La manera en que la tecnología se presenta en el sentido común y en la comunicación condiciona e impacta su adopción y regulación. Por ello, desde distintos campos de las ciencias sociales se ha avanzado en la exploración y la discusión de los sentidos y discursos en torno a la inteligencia artificial. Por caso, Fast y Horvitz (2016) realizaron un estudio de

las tendencias a largo plazo, con un corpus de 30 años de noticias del diario *New York Times*, destacando un crecimiento sostenido en la discusión del tema, con un crecimiento abrupto del número de artículos a partir de 2009. En ellos se ofrece tanto una imagen positiva que destaca posibles avances en áreas particulares, como la salud, y una imagen negativa que la asocia con riesgos éticos, peligros vinculados a la falta de control, o impactos sociales perniciosos, por ejemplo, en el mercado de trabajo.

Gráfico 1. Porcentaje de artículos en el corpus que reflejan distintas esperanzas y preocupaciones de la inteligencia artificial 1986-2016. Fast & Horvitz, 2016.

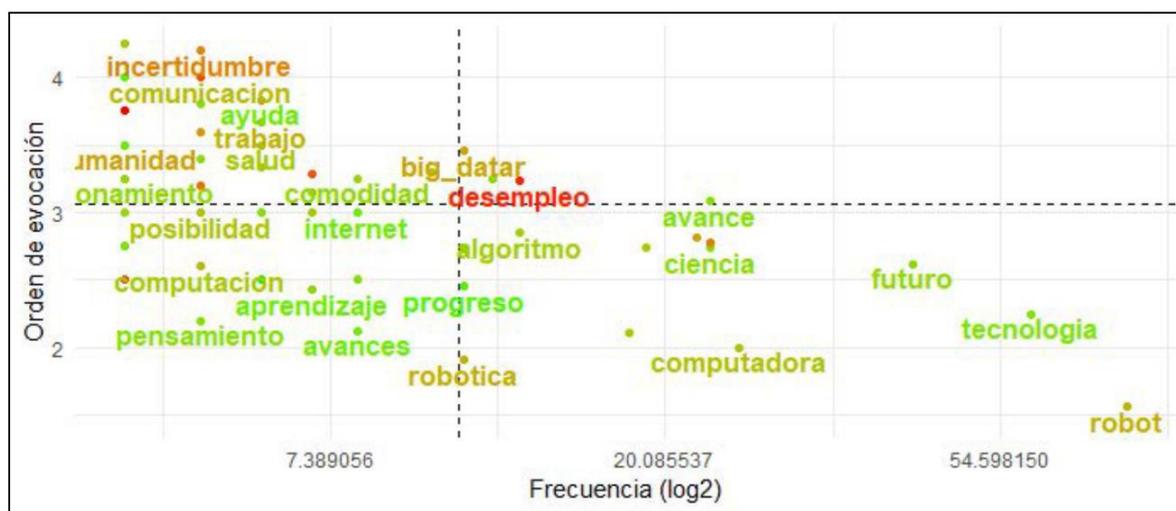


Fuente: Fast & Horvitz, 2016

Más cercano a nuestro contexto, otro trabajo indica la preeminencia de ideas genéricas favorables, como avance o futuro, y problemáticas específicas, como desempleo y manipulación en la representación social de la inteligencia artificial (Becerra y López Alurralde, 2021). En cuanto a las imágenes con las que se la piensa aparecen tecnologías con las que interactuamos cotidianamente, como las computadoras o los algoritmos, aunque el

sentido más frecuentemente evocado es el del robot, más fuertemente arraigado en el imaginario popular que en nuestras interacciones cotidianas.

Gráfico 2: Sentidos asociados a la inteligencia artificial, ordenados por frecuencia y orden de evocación; en color la valoración media de cada sentido, 2021.



Fuente: Becerra y Alurralde, 2021.

La ambivalencia y polaridad que envuelve a la manera en que se presenta este fenómeno también ha sido notada por la psicología: en la elaboración de una escala de actitudes –la medida en que nos predisponemos frente a un objeto– hacia la inteligencia artificial, Schepman y Rodway (2020) concluyen que es necesario medir los sentimientos positivos y los negativos en paralelo y por separado, y que la complejidad de esta actitud no puede reducirse simplemente a una única métrica. Así, por ejemplo, una actitud positiva hacia la inteligencia artificial en general o en abstracto puede convivir con una actitud negativa cuando se piensa en el impacto sobre un campo particular, o viceversa.

Discursos sobre inteligencia artificial

Con el objetivo de aportar a la discusión de los sentidos que circulan en torno a la inteligencia artificial, en lo que sigue tratamos críticamente estas ideas:

- Inteligencia artificial como utopía/distopía,
- Inteligencia artificial como robots antropomórficos,
- Inteligencia artificial como inteligencia humana,
- Inteligencia artificial como revolución del conocimiento,
- Inteligencia artificial como el fin del trabajo.

A lo largo de la exposición, argumentamos que estos sentidos constituyen distintos obstáculos para una mirada más compleja del fenómeno de la inteligencia artificial: una mirada que ponga el foco en los contextos de aplicación, que identifique riesgos más cercanos, o que problematice las relaciones sociales que la sostienen. En pocas palabras, una mirada que ponga el foco en nosotros y en nuestra relación con la tecnología.

Inteligencia artificial como utopía/distopía

Una de las maneras en las que se tematiza la inteligencia artificial es como parte de una distopía que nos acercará al fin de la humanidad y a la pérdida del control de la civilización. El miedo es que el individuo humano pudiera dejar de ser la escala a partir de la cual se piensa, diseña y edifica el mundo social y natural en el que vivimos. Ejemplos de este tipo de configuraciones recalcan en una cultura popular y memoria colectiva nutrida de ciencia ficción, desde *Yo, Robot* y *2001: Odisea en el Espacio* hasta *Matrix*.

El problema de estos discursos es que, al advertir un futuro inminente, corren de foco a los mecanismos sociales que operan en el desarrollo de la tecnología, con riesgos actuales y efectivos. En relación a la inteligencia artificial generativa, como señala el sociólogo argentino Germán Rosati en una entrevista reciente (Lloret, 2023), si bien es cierto que, por su capacidad de producir grandes volúmenes de información a bajo costo, podría haber un impacto en la proliferación de fake news, y por esta vía un impacto en la calidad de las democracias. Este mecanismo de alteración política basada en desinformación preexiste a la inteligencia artificial, y de hecho podría pensarse como una característica inherente a los

modelos representativos. En otro trabajo, uno de nosotros ha documentado cómo las mismas angustias ya se han expresado en torno a la irrupción del big data y las redes sociales en la vida política hace algunos años (Magnani, 2017).

La imagen contraria, en la que la tecnología ofrece un mundo sin roce, desajustes o desacuerdos sociales y donde los problemas infraestructurales y naturales se pudieran corregir con la introducción de tecnología. Esta creencia es la que el historiador de la tecnología Evgeny Morozov (2016) denomina “solucionismo tecnológico” y que supone una simplificación del problema a una clave tecnológica, donde el foco se piensa en términos de respuestas sin una discusión más profunda de sus causas y raíces. Este credo, además, supone que corporaciones tecnológicas podrían quedar a cargo de la gestión de servicios sociales y públicos, como el caso del transporte y Uber. Así, tres sesgos se combinan en esta retórica: que los actores privados son mejores que los públicos, que arreglar (*fix*, en inglés) la realidad es mejor que transformarla y que la eficiencia puede ser el criterio con el que atendamos a preocupaciones sociales.

Ambas imágenes pueden operar como obstáculos epistemológicos, como trampas para reflexionar la emergencia de las tecnologías disruptivas, al dirigir nuestra mirada fuera de algunos supuestos cuestionables. No es cierto, por ejemplo, que el avance tecnológico sobre nuestras formas de organizar nuestras relaciones con el trabajo, con los otros y con nosotros mismos sea inevitable e inminente. También es cuestionable que la tecnología pudiera ofrecer soluciones sin atender los conflictos sociales de fondo. Finalmente, que las corporaciones tecnológicas puedan eficientemente coordinar servicios públicos es materia de disputa política y electoral desde el resurgir neoliberal de los años 80.

A la vez, la utopía/distopía nos compromete con una imagen, o una narrativa del todo. Más urgente es observar las partes, los contextos: qué relaciones e interacciones sociales se delegan en algoritmos, cómo interactúan los distintos espacios en los que se diseña, adopta y utiliza la tecnología, y cómo seguir coordinando colectivamente nuestras acciones. A fin de cuentas, el halo de objetividad y neutralidad que rodea al solucionismo en las utopías y el de terror que rodea al avance de la tecnología en la distopía, lo único que esconden es la naturaleza relacional y social de los sistemas, aquella por la que conviene entenderlos como “power brokers” o mediadores del poder, con grupos e intereses muy actuales, como proponen los autores del programa de estudios críticos de datos y algoritmos (Kitchin, 2017).

Inteligencia artificial como robots

Un sentido muy vinculado a las utopías/distopías es el que identifica a la inteligencia artificial con robots de diverso tipo. Esta imagen suele ser la más frecuente y de evocación más rápida cuando se considera la representación social de la inteligencia artificial (Becerra y López Alurralde, 2021).

Esta es una referencia central en la manera en que la cultura popular representa la tecnología. Tal vez el ejemplo más icónico sea la película *Terminator*, centrada en una máquina antropomórfica construida por un sistema denominado Skynet que toma conciencia de sí misma e inicia una guerra contra la humanidad. De acuerdo con el investigador Michael Szollosy (2017), desde la primera utilización del término a principios del siglo veinte, la imagen de los robots interpela nuestras ansiedades porque nos muestra a un humano que ha perdido *algún* elemento que le daba su humanidad, incluso en el caso de los buenos robots. Y en el caso de los malos, lo que se libera son nuestros peores horrores: la inflexibilidad de la violencia irracional, la precisión de la tecnología sin importar las consecuencias, los impulsos de dominación. El autor concluye: “Como éstos son realmente miedos sobre nosotros mismos, los robots son realmente ineludibles –simplemente pretenderemos que no somos nosotros, sino ellos” (Szollosy, 2017, p. 438).

Tal vez una imagen más adecuada para pensar la inteligencia artificial sea la de la herramienta. E incluso convendría descartar la necesidad de un cuerpo físico y la referencia antropomórfica, sin por esto negar la materialidad. La construcción de herramientas tiene una historia que determina sus resultados –aunque no siempre se pueda controlar este proceso–, y que por esta vía condiciona y habilita sus usos. Pero la herramienta resultante no tiene agencia, voluntad, u objetivos más que los que adquiere en estos dos contextos que no siempre están alineados virtuosamente. En el caso de la inteligencia artificial, se trata de la construcción de modelos y algoritmos que pueden producir información sesgada, lo cual podría, por ejemplo, resultar en sistemas que benefician/perjudiquen sistemáticamente a ciertos grupos de individuos. En relación a este sesgo algorítmico, el investigador argentino Enzo Ferrante (2021), sostuvo recientemente:

El aura de neutralidad que muchas veces se atribuye a los sistemas automáticos se desvanece en el instante mismo en que comprendemos la relación entre los datos, los modelos y las personas. Y la necesidad de auditar la equidad de nuestros modelos tomando en cuenta una perspectiva interseccional se vuelve sumamente relevante (p. 34).

Así, al igual que en el sentido anterior, la imagen que se nos devuelve es la de la trama social en la que nos encontramos envueltos con la tecnología.

Inteligencia artificial como inteligencia

El mismo término de “inteligencia artificial” contiene sentidos sociales que pueden ser discutidos. La noción fue acuñada en los años 40-50, a partir de los desarrollos pioneros de la cibernética –un espacio de confluencia de matemáticos, psiquiatras e informáticos– que buscaban modelar y replicar los procesos y las capacidades cognitivas humanas a través de la técnica, para comprender su funcionamiento. En las décadas siguientes, con su reacomodo como una rama de la informática, parece haberse desligado del objetivo científico de modelar la mente humana, aunque esta relación subsiste como fuente de metáforas para el vocabulario con el que llamamos a ciertos modelos y formas de procesamiento, tales como las redes neuronales. El enorme avance que se ha dado en los últimos años –de la mano del big data y del crecimiento en la capacidad de computación– se centra en capacidades o comportamientos que serían inteligentes en un sentido mucho más acotado. Por ejemplo, las tareas que se persiguen en el campo del aprendizaje automático, que incluyen el reconocimiento de imágenes a partir de patrones, procesamiento del lenguaje natural, construcción de modelos estadísticos y predictivos, entre otros. Más recientemente, la inteligencia artificial generativa, y especialmente desarrollos como Chat GPT, reabren la discusión acerca de si estamos arribando a logros que trascienden estos objetivos acotados, logrando una inteligencia artificial general.

Varios pensadores –como Evgeny Morozov (2023), de quien ya nos hemos referido, o el filósofo Luciano Floridi– van más allá en cuestionar que tenga sentido que hablemos de “inteligencia” para referir a estos desarrollos en primer lugar. Y esto no solo porque diariamente se pueden registrar varios errores en las respuestas de algoritmos como Chat

GPT, producto de haber sido entrenadas con bases de aprendizaje acotadas, o sin cuidar su diferencia con los contextos de aplicación, sino porque esta asociación empobrece mucho lo que entendemos por inteligencia, un fenómeno que, tanto desde la ciencia como desde el sentido común, se suele pensar como complejo y multidimensional, e incluyendo capacidades emocionales, respuestas contextuales, o una creatividad genuina, que no se puede reducir a la ejecución de operaciones lógicas. Sin la posibilidad de referir a un sentido o una consciencia, incluso los grandes modelos predictores, como Chat GPT, se reducen meros “loros estadísticos”, por utilizar la caricatura ofrecida por la lingüista norteamericana Emily Bender (Bender et al., 2021).

La idea de “artificial” también ha sido puesta en duda por Morozov y Floridi, quienes coinciden en cuestionar la definición como una designación engañosa. Si los algoritmos generativos son capaces de producir nueva información es porque han sido entrenadas con una gran base de datos que refleja las expresiones, las huellas y las sombras digitales de seres humanos reales, y se teme que cualquier pretensión de “artificialidad” sea un intento por esconder estas raíces.

Como en el caso de los obstáculos anteriores, la apuesta es por limitar el uso de estas metáforas engañosas para habilitar preguntas más complejas. La socióloga Elena Esposito (2022) hace de una de estas apuestas al plantear que, en lugar de hablar de inteligencia artificial, convendría referirse a comunicación artificial. Según la autora, la eficacia de los algoritmos no radica en procesar información de una manera que emula la inteligencia humana, sino solamente en ser capaces de participar en la comunicación. La autora sigue aquí los preceptos teóricos de la sociología post-humanista de Niklas Luhmann, que entiende a la sociedad como un gran sistema social de todas las comunicaciones y que no presupone a la consciencia como único partícipe en ella. Si se aceptan estas premisas, la tarea de la sociología se orienta a conceptualizar e identificar los desafíos que se abren con esta “comunicación con una contraparte artificial” y cómo en ella se combinan lógicas de personalización con masificación, del manejo de la certeza con el riesgo, el recuerdo con el olvido, lo previsible con lo imprevisto, entre otras. Piénsese, por ejemplo, en las diferencias entre el procesamiento humano y el algorítmico en relación con la memoria –que abre el problema del derecho al olvido en internet–, o en relación al manejo del tiempo –en contextos donde se vuelve a pretender la posibilidad de predecir–. Así, poner el foco en la dimensión

comunicativa de nuestra interacción con los algoritmos, antes que en comparar la operatoria de la inteligencia, habilita a una clave de indagación que nos vuelve a poner en el foco de la mirada como seres sociales.

Inteligencia artificial como revolución científica

Sin embargo, disputar la inteligencia de los algoritmos no debería tampoco convertirse en un obstáculo que nos impida dar cuenta de la novedad de estos desarrollos. Y es que, tal vez, como ninguna tecnología hasta ahora, la inteligencia artificial es una de las primeras tecnologías que podrían ser llamadas propiamente “epistémicas”: de acuerdo con el filósofo Ramón Alvarado (2023), su rasgo distintivo es que tanto sus contextos de aplicación y usos pretendidos, los materiales con los que se trabaja y el tipo de operaciones y transformaciones que se despliegan se orientan hacia el procesamiento de conocimientos. Por esto, su desarrollo ha venido acompañado de una retórica –“una mitología”, señalan sus críticos– que parece discutir lo que entendemos por conocimiento y los criterios con los que lo evaluamos, con reclamos fuertes, tales como que ofrecerían mayor objetividad o capacidad de acción. Estos reclamos coinciden con un reordenamiento de la división social del trabajo cognitivo, asumiendo una mayor confianza y dependencia en las corporaciones que impulsan estos desarrollos.

Uno de los reclamos centrales de las tecnologías disruptivas es que se fundan en una “revolución científica”. La noción se sigue de la caracterización de la dinámica paradigmática que el filósofo Thomas S. Kuhn observó en las ciencias físicas modernas. Siguiendo esta lógica, se pretende argumentar que las tecnologías estarían cambiando la manera de hacer ciencia, al punto que sería posible generar conocimiento en áreas claves como la investigación genómica, la exploración astronómica, o el cambio climático,¹ sin cuestiones claves del –supuesto– método científico clásico: hipótesis, recolección de pruebas, construcción de teorías, conocimientos especializados y de dominio. Sin embargo, filósofos y epistemólogos de las distintas ramas de las ciencias cuestionan esta mirada.²

¹ Sobre este tema consultar el informe The Royal Society y Alan Turing Institute: <https://royalsociety.org/-/media/policy/projects/ai-and-society/AI-revolution-in-science.pdf>

² Una sistematización y discusión de esta literatura se puede consultar en el trabajo de Becerra (2023).

Sin negar estos potenciales avances, se advierte que el conocimiento no avanza solo por encontrar respuestas, sino también por plantear mejores preguntas, más abstractas y profundas, lo que requiere la intermediación de las teorías y las filosofías en general. Luego, el conocimiento no puede fundarse en datos cuya historia no se cuestiona, o en procesamientos opacos que no pueden explicarse o reproducirse, o en resultados que no dialogan con lo que ya sabemos. En cambio, los discursos que hablan de una revolución tienden a escindir y discontinuar estos elementos y otros que las distintas ciencias problematizan hace décadas. Así, presentar discursivamente la introducción de las nuevas tecnologías en las ciencias puede hacernos perder de vista los mejores criterios que hemos elaborado colectivamente para evaluar nuestro conocimiento del mundo y de nosotros mismos.

Inteligencia artificial como el fin del trabajo

Otro discurso altamente disruptivo es el que sugiere que el impacto de las tecnologías resultará en la pérdida del empleo de grandes sectores de la población, o en el fin del trabajo mismo. Este es un discurso recurrente que, por ejemplo, sostuvo el economista norteamericano Jeremy Rifkin a mediados de la década del 90 con su libro *El fin del trabajo* (Rifkin, 1996), en el que advertía que la sustitución del trabajo humano por la tecnología en el capitalismo sigue una tendencia que crece por arriba de la creación de nuevos empleos. Pero no se trata solo de un problema de reemplazos: la historia de la introducción de la tecnología en el trabajo durante el capitalismo es también una historia de conflictos políticos y luchas por el poder de los distintos actores implicados en el sistema productivo. Por caso, en la primera revolución industrial, la máquina de vapor supuso un cambio en la forma de organización social, propiciando el fin de los talleres artesanales en los que el maestro del oficio tenía el conocimiento y el control integral del proceso de producción. El taylorismo, con la descomposición de aquellos trabajos complejos en tareas simples y secuenciales, significó una pérdida del poder de los artesanos, en manos de los dueños del capital.

El discurso del fin del trabajo ha resonado fuerte en estos últimos meses con el avance de la inteligencia artificial generativa. Este impacto se observa en la aparición de noticias en los medios de comunicación con listas de trabajos condenados a desaparecer en los próximos

años. Sin embargo, ahora se observan también algunas particularidades: ya no se trata –como relatara Rifkin– del reemplazo de trabajos de la producción agraria o industrial y la creación de trabajos en sectores de servicios. Ahora, con la masificación de herramientas como Chat GPT para procesar y confeccionar textos, o del Microsoft/GitHub Copilot para la escritura de código de programación, los trabajos en riesgos corresponden al mismo sector que impulsa el desarrollo.³

A su vez, esto se da en un contexto de mayor concentración y una cierta configuración geopolítica que terceriza las tareas más elementales de la automatización –por ejemplo, el etiquetado de datos para entrenamiento automático–, reservando tareas más rentables –marketing, desarrollo, diseño, etc.– para las casas de origen de las corporaciones. Por caso, los trabajos ofrecidos en Mechanical Turk –una plataforma de Amazon para contratar trabajadores on-demand para tareas “de inteligencia humana”, eufemismo con el que se designa el control de los datos– se realizan en países del tercer mundo por mucho menos del salario mínimo y sin regulaciones, a pesar de que la mayoría de los trabajadores suelen ser jóvenes con títulos universitarios y antecedentes en informática.

Así, la automatización no parece conducir a un reemplazo masivo del trabajo, pero sí a generar impactos en distintos contextos, con grupos en conflictos, y con posibles ganadores y perdedores. En una entrevista reciente (Magnani, 2023), la doctora en computación y socióloga argentina Milagros Miceli se ha referido a la introducción de estas tecnologías como un posible “mensaje disciplinador” para desempoderar a los trabajadores: “Cuidado que contrato a Chat GPT y me lo hace”. En contraparte, se refirió a varios actos de resistencia de comunidades de trabajadores y trabajadoras que, por ejemplo, usan Chat GPT para mostrar cuál es la diferencia con el trabajo hecho a mano.

Conclusiones

A medida que avanzamos hacia una mayor automatización y digitalización de los distintos aspectos de nuestra relación con nuestro medio, con los otros y con nosotros mismos, es imperativo reflexionar sobre el impacto de las tecnologías disruptivas en el plano

³ Un panorama más completo de este sector se encuentra descrito en el capítulo “Show your work” del libro *Feminismo de datos* de las autoras Catherine D’Ignazio y Lauren Klein (2020), que además da cuenta de otras formas de invisibilización del trabajo y de la apropiación del trabajo colaborativo.

social, económico y ético. Una dimensión central de esta reflexión se da en el terreno de lo discursivo y simbólico, donde los usos potenciales y los riesgos de la tecnología se definen entre promesas impulsadas por la especulación y angustias que reflejan temores y esperanzas de largo arraigo. Las imágenes a las que recurrimos para asimilarlas provienen de nuestro acervo cultural y conllevan significaciones. La ambivalencia y polaridad en la forma en que se presentan estos fenómenos marcan nuestras actitudes y la manera en la que nos posicionamos. Detrás de estos sentidos esperan inequidades y diferencias sociales que condicionan cómo experimentamos el impacto de la tecnología. En la disrupción que se nos propone hay ganadores y perdedores, y hay metáforas engañosas que desvían la mirada de las relaciones sociales que sostienen al desarrollo tecnológico. Debemos ser críticos con designaciones como la de inteligencia, artificialidad, revolución o la supuesta "inevitabilidad" de ciertas tecnologías y formas determinadas de implementación, así como no podemos perder de vista que la discusión debe considerar los intereses y las relaciones sociales sobre las cuales la tecnología se desarrolla, adopta y regula.

Indagar en estos imaginarios sociales es también parte del trabajo docente, especialmente en instancias en las que se pretende incorporar críticamente a las nuevas tecnologías. Los sentidos comunes y culturales sobre la inteligencia artificial condicionan – por la vía de las expectativas y las motivaciones– las prenociones y los preconceptos con los que llegamos al aula. Estos sentidos son los materiales iniciales con los que podemos ensayar un primer diálogo y de los que –seguramente– debemos tomar una cierta distancia crítica. Lograr una mirada que ponga el foco en el trasfondo social del uso de la inteligencia artificial nos permitirá evaluar mejor los riesgos, los sesgos y los costos a considerar en la incorporación de la tecnología en las prácticas de los futuros profesionales.

Referencias bibliográficas

Alvarado, R. (2023). AI as an epistemic technology. *Science and Engineering Ethics*, 29, 32. <https://doi.org/10.1007/s11948-023-00451-3>

Becerra, G., y López Alurralde, J. P. (2021). Representaciones sociales del big data y la inteligencia artificial. Una exploración estructural. *Cultura y Representaciones Sociales*, 16(31), 89–115. <http://www.culturayrs.unam.mx/index.php/CRS/article/view/899/pdf>

- Bender, E. M., Gebru, T., McMillan-Major, A. y Shmitchell, S. (2021). On the dangers of stochastic parrots: Can language models be too big? *FACCT 2021 - Proceedings of the 2021 ACM Conference on Fairness, Accountability, and Transparency*, 610–623. <https://doi.org/10.1145/3442188.3445922>
- Esposito, E. (2022). *Artificial communication. How algorithms produce social intelligence*. The MIT Press.
- Fast, E. y Horvitz, E. (2016). *Long-term trends in the public perception of artificial intelligence*. <http://arxiv.org/abs/1609.04904>
- Ferrante, E. (2021). Inteligencia artificial y sesgos algorítmicos. *Nueva Sociedad*, 294. <https://nuso.org/articulo/inteligencia-artificial-y-sesgos-algoritmicos/>
- Kitchin, R. (2017). Thinking critically about and researching algorithms. *Information Communication and Society*, 20(1), 14–29. <https://doi.org/10.1080/1369118X.2016.115408>
- Lloret, R. (13 de mayo de 2023). Germán Rosati: “No es productiva la distopía que se ha generado en torno a la inteligencia artificial”. *Perfil*. <https://www.perfil.com/noticias/agenda-academica/german-rosati-no-es-productiva-la-distopia-que-se-ha-generado-en-torno-a-la-inteligencia-artificial.phtml>
- Magnani, E. (2017). Big data y política. El poder de los algoritmos. *Nueva Sociedad*, (269), 45–55. <https://nuso.org/articulo/big-data-y-politica/>
- Magnani, E. (2023). Inteligencia Artificial: un factor de disciplinamiento de trabajadores. *Página12*. <https://www.pagina12.com.ar/563483-inteligencia-artificial-un-factor-de-disciplinamiento-de-tra>

Mayer-Schönberger, V. y Cukier, K. (2013). *Big data. A revolution that will transform how we live, work, and think*. Eamon Dolan/Houghton Mifflin Harcourt.

Morozov, E. (2016). *La locura del solucionismo tecnológico*. Clave Intelectual.

Morozov, E. (2023). The True Threat of Artificial Intelligence. *The New York Times*.
<https://www.nytimes.com/2023/06/30/opinion/artificial-intelligence-danger.html>

Rifkin, J. (1996). *El fin del trabajo*. Paidós.

Schepman, A. y Rodway, P. (2020). Initial validation of the general attitudes towards Artificial Intelligence Scale. *Computers in Human Behavior Reports*, 1(100014).
<https://doi.org/10.1016/j.chbr.2020.100014>

Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Caja Negra.

Szollosy, M. (2017). Freud, Frankenstein and our fear of robots: projection in our cultural perception of technology. *AI and Society*, 32(3), 433–439.
<https://doi.org/10.1007/s00146-016-0654-7>